

Los visitantes

Héctor Antonio Sánchez



Un policía vigila un almacén incendiado en Aulnay-sous-Bois, en las afueras de París, Francia, durante una madrugada de noviembre de 2005. (Fotografía: Pascal Le Segretain / Getty Images)



HACE MÁS DE UNA DÉCADA, AL CONCLUIR MIS ESTUDIOS universitarios, trabajé como lector de español en una región parisina. Tenía veintitrés años, pero mi francofilia databa de largo tiempo, y a esa adscripción debía el estudio de la lengua francesa, la exploración de su literatura y, sobre todo, la idea que guardaba de aquella civilización desde mi adolescencia. Como tantos escritores jóvenes —sobre todo ingenuos— fantaseaba con visitar Francia, vivir allí un tiempo, mudarme incluso de forma permanente.

Al llegar a París me sorprendió la diversidad de su población. Inmigrantes del Magreb, sobre todo argelinos; del África subsahariana, del Medio y Lejano Oriente, colombianos... Me sorprendió también la apatía de los franceses tradicionales. Ciertamente: era otoño y la belleza de avenidas y bulevares, de plazas públicas y de los márgenes del río llegaba tocada por un aura ocre y un tanto melancólica, como hojas barridas por el aire fresco. Y yo veía así cumplido mi sueño de vivir en Europa, y me deslumbraba la novedad de sus hábitos, la cantidad de arte en mi cercanía, la arquitectura de tantos siglos: tan lejos de México, me sentía devuelto al elemento feliz de la soledad. Pero, a ratos, tenía la sospecha de que todo París era una farsa: una puesta en escena para el turismo, una suerte de Disneylandia del Viejo Mundo.

En el Lycée Montesquieu, situado en los suburbios, la impresión no fue muy distinta: con honradas excepciones, mis alumnos se hundían en una indolencia y una falta de curiosidad casi pasmosas. Aquella grisalla se extendía a la capital: rara vez me sentí deslumbrado por su presente cultural, sus habitantes, el espíritu mismo de sus calles.

A principios de noviembre se fueron alzando, cada vez con mayor resonancia, las noticias de que en zonas marginales al este de la *banlieu* grupos de inmigrantes estaban incendiando automóviles. Encontronazos con la policía, una bomba de gas lacrimógeno volando contra una mezquita, el ministro Sarkozy llamando “escoria” a los participantes de los disturbios. Y autos, cientos de máquinas ardiendo en la callada noche de la región metropolitana. Una protesta espontánea, ¿por causa de qué? ¿De Zyed Benna y Bouna Traoré, *les morts pour rien*: los dos adolescentes muertos al intentar escapar de la policía en Clichy-sous-Bois?

No había que ser un observador muy sagaz para intuir que aquella tragedia era apenas la punta del iceberg, que el furor de los tumultos provenía de un rencor más hondo. París no era una fiesta, y aunque yo hubiera querido entender a fondo lo que ocurría, cierto es que los barrios de inmigrantes no eran terreno seguro para un extranjero. Entre el hielo y la llama, la Ville Lumière se oscurecía entre uvas de ira.

Justamente en cuanto el turista que nunca dejó de ser, visitaba una tarde la Basilique du Sacré-Coeur cuando me abordó un hombre en su treintena. Era blanco, de cabello oscuro y rizado. Se presentó como Momo: Mohamed. Fuera de mi ambiente laboral, aquella era la primera vez que conversaba con un parisino de manera espontánea. Fuimos por un café a Pigalle y allí conocimos a una londinense. Como todos los franceses, Momo hablaba un inglés espantoso, pero era un gran conversador en tanto se lo permitían sus medios, y al final nos invitó a la inglesa y a mí a tomar una copa en su departamento. La chica no aceptó, pero dado que Momo vivía en Argenteuil, a unos diez minutos de Herblay, mi comuna, dije que podía pasar un rato y seguirme a casa.

“¿No tienes miedo?”, me preguntó Momo en el camino, mientras conducía, y yo fingí no inmutarme por aquella extraña interpelación: “¿debería?”. Momo sonrió. “Argenteuil”, repetí en mi mente: en su hora Monet, Manet, Braque, pintaron el puente asombroso y las márgenes del Sena, pero apenas unas noches antes habían ardido automóviles en aquel municipio. Momo me advirtió que caminará rápido cuando llegamos a su unidad habitacional.

Lo que vi entonces me produjo algo que sólo puedo describir como pasmo: salimos a gran explanada, sumida en la penumbra, rodeada de edificios en ruinas, cuyos azulejos se habían desplomado hacía mucho tiempo. Ventanas rotas, concreto y materiales apilados, jardineras secas, un estropicio de basura por el suelo. Momo y yo avanzamos como dos sonámbulos por una ciudad desolada: él con naturalidad, yo sin creer apenas que pudiera hallarme en aquel sitio temible.

En el apartamento de Momo colgaban fotos de su familia: mujeres con el cabello cubierto por un hiyab, hombres barbados como rostros de esculturas sumerias; una amplia parentela sonriente como no parecían sonreír jamás los parisinos. Una fotografía tomada en el árido Argel, donde vivían los abuelos; una imagen que evocaba en mí a mi familia ancestral, en el istmo de Tehuantepec, migrantes también hacia Veracruz: mujeres enfundadas en enaguas y huipiles, seres que no rehuían su pertenencia a la tierra.

Los padres de Momo, según me dijo, emigraron a Francia tras la guerra de liberación de Argelia: él y sus hermanos crecieron en la antigua metrópoli,

en un islam moderado, en zonas periféricas de la capital, casi sin entender la lengua paterna. Pensé: como yo el zapoteco de mis ancestros. Le pregunté si su fe le permitía consumir vino.

“No. Pero no tengo demasiada fe. Hay demasiadas prohibiciones en el Islam”.

Los corrientes migratorias han acompañado nuestra literatura desde tiempos remotos. Su forma alcanzó pronto una grandeza acaso insuperable: los capítulos que componen el Éxodo integran una épica fundacional hacia la Tierra prometida: el pueblo que vence la adversidad en su camino hacia la Utopía, que es su destino; la liberación, la gracia. “Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche” [13:21].

Esa épica reaparece en grandes frescos de la literatura moderna: en la empresa que lidera José Arcadio Buendía a través de una ciénaga infernal y concluye en la fundación de Macondo; en la travesía de tintes cinematográficos que narra Salman Rushdie en *Los versos satánicos* donde Ayesha, una vidente que clama recibir revelaciones del arcángel Gabriel, conduce a pie a su pueblo hasta el mar de Arabia, con resultados fatales; en fin, en la fabulosa migración del pueblo tártaro —a caballo entre la historia y la pesadilla— desde Rusia hasta las fronteras de la China imperial que describe Thomas de Quincey en un ensayo ejemplar.

Sí: la búsqueda de un porvenir, la fe —y el dogma—, la libertad religiosa, la mera supervivencia han sido causa de grandes desplazamientos de población. Hoy se ha instalado en Europa una crisis como no se había visto desde la Segunda Guerra: un espasmo telúrico que manifiesta, entre tantas cosas, la pésima labor de integración que las así llamadas democracias en el continente han realizado tras los procesos de descolonización de sus territorios de ultramar.

En los días que viví en París no se podía sospechar de la avalancha que vendría una década después: antes, eran pequeñas oleadas sucesivas las que iban abonando a un nerviosismo creciente. La escena que tenía frente a mis ojos no era la de un pueblo en busca de la tierra prometida; era una diáspora de historias personales, si bien hermanadas por la realidad del foráneo, del eterno extranjero: por su cierta indefensión. Un marroquí en Barcelona que me pidió traducirle al francés una carta de deportación que

recibiera en español: no entendía una palabra del documento. Un peruano a quien le serví de intérprete frente al agente de inmigración en el Reino Unido me confesó al ver mi ejemplar de *Los detectives salvajes* que nunca en su vida había leído un libro. Un matrimonio de rumanos en Berlín que me contó de su fuga hacia Austria, en la noche húngara del Danubio durante la era comunista. Un muchacho serbio que en Praga me reveló que no volvería jamás a su patria, donde habían muerto un hermano y tres amigos en la era de Milosevic.

Hace una década de aquella estancia: algo ha tatuado a estos seres en mi memoria. También en *Los versos satánicos*, Rushdie refiere la historia de Saladin Chamcha quien, entre una serie de eventos tocados por el realismo mágico, sufre un abuso policiaco bajo la sospecha de que se trata de un inmigrante ilegal en Londres. En la Francia que yo conocí no habían ocurrido las tragedias de Charlie Hebdo y el Bataclan; sin embargo, era evidente que la población árabe y negra no se hallaba en la misma categoría que los franceses de varias generaciones.

Los musulmanes prendían grabadoras a bordo del tren, gritaban en la vía pública, lo abordaban a uno para pedir dinero. Eran la Francia irreverente, a veces temible. Eran, también, quienes bailaban *break dance* o iban cantando con sus audífonos por la calle: los únicos parisinos que parecían estar vivos. Momo fue, de hecho, el único amigo francés que conocí espontáneamente en las calles de aquella cosmópolis donde todos eran extranjeros, donde todos sobraban. Porque ahora puedo decirlo para mí: París no era la patria del arte y la literatura que yo imaginé torpemente en mi juventud. Era una ciudad cerrada al mundo, profundamente conservadora, intolerante, donde yo no estaba en el paredón de los despreciados sino el de los invisibles: un eterno visitante.

Aquella noche estaba platicándole a Momo sobre México cuando escuchamos una detonación. Nos acercamos lentamente a la ventana. A lo lejos vimos una llama, entre edificios y copas de árboles. Nos quedamos en silencio largo rato, observando, meditando. Tardaron en sonar las alarmas, los ruidos de patrullas. Tardaron en llegar los bomberos. “Yo creo que mejor te quedas aquí hoy y temprano te vas a trabajar”, dijo Momo. Estuve de acuerdo. Fue la única vez que un parisino me abrió las puertas de su casa.

Esa noche pensé en edificios en ruinas.

Esa noche soñé con ciudades en llamas. 